

psicología

La posibilidad del encuentro entre iguales a pesar de la diferencia

Lore Aresti

Recibo una invitación para hablar sobre “El amor en los tiempos de la democracia”. La reunión será en Coyoacán, en el teatro-bar lugar de encuentro y encuentros-desolladero de-cuna de-lugar también de des-encuentros, El Hijo del Cuervo. ¿Cómo negarme? Acepto gustosa. Mi primera idea es preparar algo psicoanalítico, sofisticado, liviano y feminista. ¿Cómo lograr esta combinación imposible? Lo pienso, leo cosas, medito, me devano y rebano los sesos... y nada. En este intento se van pasando los días y llega la fecha del compromiso amoroso en El Hijo del Cuervo. Finalmente decido compartir con los que asistan a la charla una serie de reflexiones poéticas que he escrito sobre el amor, algunas logradas y otras malogradas, pues no soy poeta.

Estos últimos años han sido intensos y difíciles en mi búsqueda del amor y del amado. Salir del amor novelado, de la versión hollywoodense sobre el amor que nutrió mis años mozos en Venezuela, no me ha sido fácil. Más de veinticinco años he pasado en esa búsqueda, en sus sinrazones, en los encuentros y desencuentros amorosos, en los pleitos de vida o muerte, en las pasiones y pseudo pasiones, en la huida a la entrega absoluta, en el miedo a amar a fondo por temor de tocar el fondo, en la curiosidad sobre lo prohibido y en la angustia frente a lo encontrado. Veinticinco años buscando, huyendo, tratando, meditando y *amando*.

Al mirar hacia atrás —como la mujer de Lot—, no sólo no me he convertido en estatua de sal, sino que de hecho me siento afortunada por las múltiples vivencias, experiencias y conocimientos que los dioses me otorgaron en y a través del amor; en y a través de las pasiones, en y a través de la ternura... en y a través de los otros.

En abril de 1986, cuando Reagan y los suyos atacaron Trípoli y bombardearon Bengazí, pensé en un holocausto final. Frente a una posible tercera y última guerra, comprendí cómo mujeres y hombres estábamos presos en nuestras cárceles del cuerpo, presos en la diferencia, presos

en los roles que la pertenencia al género nos impone. Comprendí cómo todos éramos víctimas y victimarios... presos en un terrible desencuentro, del cual, en última instancia, ni hombres ni mujeres somos culpables.

Reagan y los suyos,
enojados patriarcas del holocausto atacan Trípoli
Bombardean Bengazzi.

Mi hijo imagen
me avisa de este hecho.
Mi pequeño Iñaki
se pregunta, me pregunta
si valdrá la pena analizar
su angustia o anestesiarse mi dolor
ya que el fin parece cerca.

Pensé hablarte esta noche
para despedirme y decirte
que te amo y para darte las gracias por lo que
a mi vida trajiste.

Pienso hablarte para decirte
que quizás no podamos vernos más,
para decirte que te amé
aún en medio
de mis dudas y distancias.

Pensé hablarte a ti también,
amado mío
Pensé hablarte para decirte
que nunca quise dañarte
aunque contigo fui dura,
injusta y a veces cruel,
que nunca entendí tu dolor,
no te escuché
porque no hablabas, casi
de tus cosas.

Quise hablarte para decirte
que amé tu cuerpo
y deseé tu piel
canela dulce,
en la que quise
perderme muchas veces.

Para decirte que los desencuentros
no fueron
tu culpa ni la mía.
Que nos separó el género
y nuestros erotismos
de macho y hembra.
Tus focos pasionales tan ajenos
a las difusas olas que de mi cuerpo fluían
y que mi erotismo demandaba.

Para decirte que nos separó
esta trágica división de especie:
 hombre de falo
 mujer de mar
Erección pronta la tuya
frente al deseo mío...
tan lento, difuso ... insaciable.

Necesidad de mando la tuya.
Necesidad de iguales, la mía.

De tu parte, pocas palabras
para expresarlo todo.
De mi parte vueltas y re-vueltas
del discurso
para hablar lo mío.

Que nos separó el género
cuerpo, palabra y mando.

Quise hablarte para contarte
sobre nuestra trágica separación
a partir de la diferencia,
para decirte cómo, a pesar de todo,
en algunos momentos místicos y mágicos
logramos amarnos
cual andróginas criaturas
de una especie nueva,
aún inédita,
que quizás se dé
si no la trunca
el holocausto.

Amanece, oigo los pájaros
y a los árboles, quiere decir que aún
no estalla la guerra
que quizás habrá tiempo para
verte
y para encontrarnos de nuevo
andróginos y desnudos.

Abril de 1987. Estamos trabajando en el Círculo Psicoanalítico Mexicano, en el seminario "Sexualidad femenina". Llevamos trabajando juntos más de siete meses. Somos un grupo de doce o catorce adultos. Por una de esas azarosas divisiones que tiene la vida, a mí me ha tocado ser la maestra. Todos son profesionales y, por alguna "pasión perversa", desean ser psicoanalistas.

Coordino los seminarios "Sexualidad I y II". Me hubiese gustado coordinar un seminario sobre la sexualidad de Freud, pero ni modo: me tengo que conformar con coordinar los seminarios sobre los desarrollos teóricos de Freud en relación con la sexualidad.

Durante el primer seminario hemos leído los textos generales sobre sexualidad. En este segundo seminario estamos intentando discutir y analizar los textos de Freud sobre las "perversiones" y sobre la sexualidad femenina. ¿Irán juntos? Son textos difíciles y contradictorios, en los cuales permanentemente se cuela una buena dosis de mentiras, secretos y silencios por parte de los que tratamos de estudiar y trabajar dichos textos.

Cansada de escuchar "Freud habla, Freud señala, Freud especifica, Freud dice, dice, dice...", propongo a los alumnos que escriban algo so-

bre la sexualidad humana a partir de sí mismos, que intenten hacer una integración de lo que han estudiado, oído y vivido, que dejen de hablar no sólo a su intelecto, sino también a su cuerpo en y a través del deslizamiento de su propio deseo. No es necesario que entreguen lo que han escrito; lo que deseo es que se atrevan a confrontar lo leído y lo vivido, que escuchen no sólo al autor, sino a su propia memoria y a las huellas escritas sobre sus cuerpos.

Como estamos en una institución que intenta ser democrática, los alumnos me piden que haga lo mismo; como yo, al igual de la institución, intento ser democrática, acepto la petición-demanda y comienzo a recordar, a poner palabras a mi deseo, a enfrentar la ambigüedad de lo vivido y de cómo es el desfiladero de mi-s deseo-s.

Ante el “ejercicio”, los alumnos empiezan a suspirar, se miran, miran el techo y señalan que les cuesta mucho trabajo escribir así, por la libre, sin repetir y sin guiarse por algún autor... en este caso, Freud. Creo que a nadie le cuesta más trabajo escribir sobre la vida y sus vicisitudes que a los psicoanalistas. Escribimos y hablamos mucho a partir de los autores clásicos y sus teorías, pero nos cuesta mucho trabajo hablar y escribir desde nosotros mismos, desde nuestras vivencias, desde nuestro propio cuerpo; y más aún, desde nuestras incertidumbres, confusiones y sufrimiento.

¿Qué escucho, qué veo?

Mujeres insatisfechas, hartas de penetraciones biológicas, ausentes de erotismo, de placer, de goce. Mujeres que dicen “las mujeres no cedimos el placer del clítoris a la vagina; lo que cedimos es todo nuestro cuerpo para que sea penetrado, usado, eyaculado, y todo a cambio de nada”. Lo que veo y escucho son mujeres que pasan de un amante a otro, a otro y a otro; que pasan de un maltrato a una desolación a una nada, en una búsqueda sin fin y a veces sin esperanza —un fin de siglo de mujeres solas.

Como si el encuentro sexual gozoso fuera casi un imposible para todos.

¿Qué escucho?

Hombres que se preguntan: “¿Qué quiere ella?” Que dicen: “hice lo mejor que pude, y sin embargo, para ella no fue suficiente”. Hombres abrumados por la búsqueda, la demanda y el deseo de ellas. Hombres asustados por la vivencia de su propia carencia —a pesar de la posesión de un pene— en pleno uso de sus facultades. Hombres asustados por el

miedo de perder a las mujeres a pesar de su empeño en complacerlas. Hombres que interrogan con la mirada a toda amiga o amante sobre cómo y qué hacer para llenarla de goce, para no perderla, para quitarse el miedo, el pánico frente a la demanda casi infinita que ellas le plantean.

Como si el encuentro sexual-gozoso-no abrumante fuera casi un imposible —un fin de siglo de hombres asustados.

Veo desesperanza y, finalmente, resignación frente al desencuentro. Aunque a veces veo en ellos, en ellas, en él y en mí, a veces percibo esa mirada que atestigua que fue posible el mágico y misterioso encuentro de dos en la diferencia, como si fuésemos andróginas criaturas de una especie nueva, que se dará si no la trunca el holocausto.